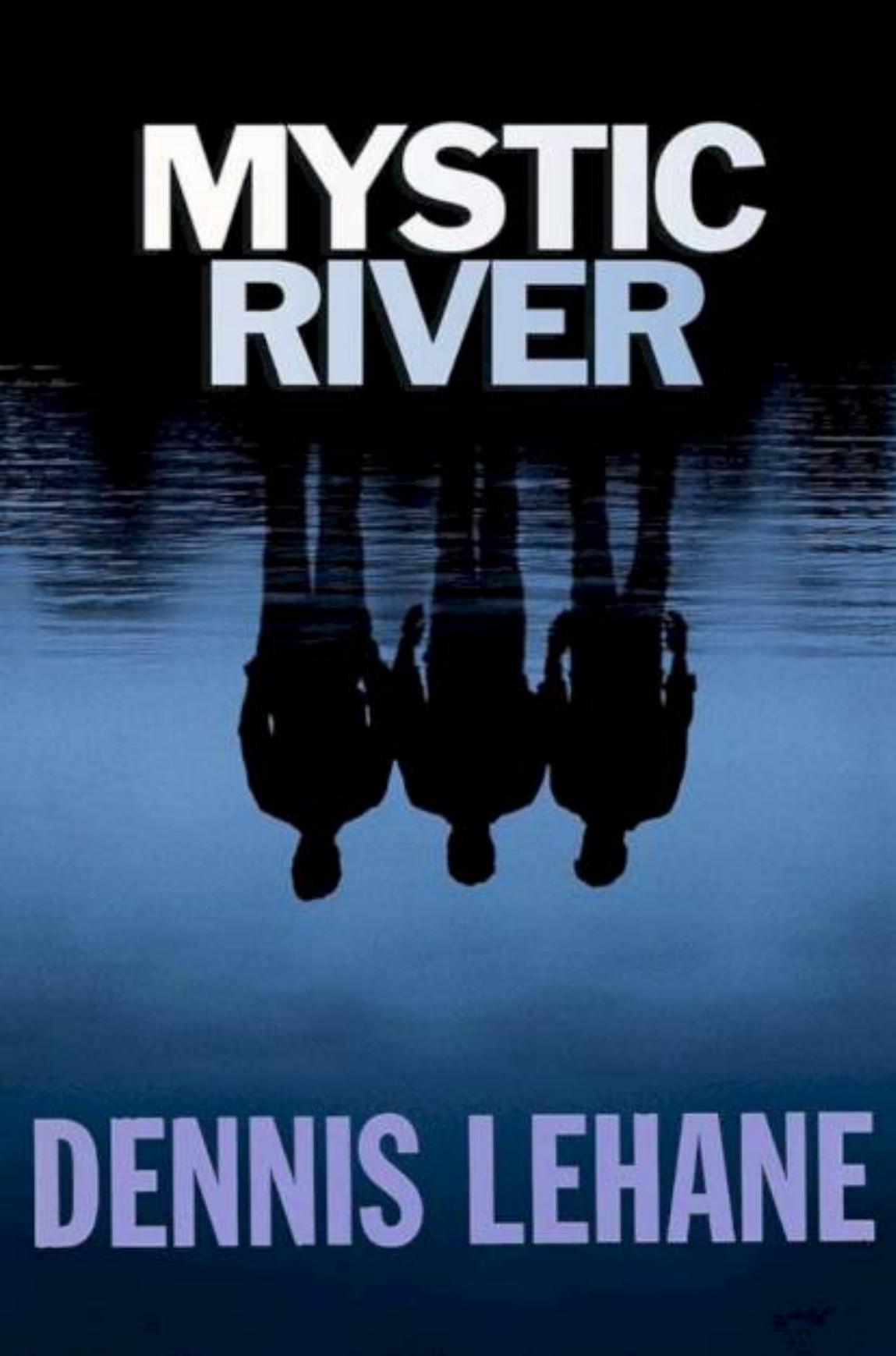
MYSTIC RIVER



DENNIS LEHANE

Cuando eran niños, Sean Devine, Jimmy Marcus y Dave Boyle eran amigos, amigos de correrías. Hasta que un día ocurrió algo terrible, Dave fue secuestrado mientras jugaban en la calle. Desde ese día sus vidas cambiarían para siempre.

Veinticinco años más tarde, Sean trabaja en el Departamenteo de Homicidios; Jimmy —ex convicto— tiene una tienda en el barrio; y Dave intenta salvar su matrimonio y mantener sus demonios a raya, demonios que le incitan a hacer cosas terribles.

Cuando la hija de Jimmy Marcus muere asesinada, Sean Devine se hace cargo del caso y esta muerte lo obliga a volver a un mundo que pensaba haber dejado atrás, a enfrentarse no sólo con la violencia del presente, sino también con las pesadillas de su pasado. Sus investigaciones le llevan a enemistarse con Jimmy Marcus, cuyos impulsos criminales le tientan a tomarse la justicia por su mano, y también a Dave Boyle, que aparece cubierto de sangre la noche en que murió la hija de Jimmy.

Mystic River no es sólo una novela psicológica de misterio, tensa y desconcertante, sino también una novela épica sobre el amor y la lealtad, la fe y la familia, en la que los protagonistas deberán enfrentarse con las verdades más oscuras de su pasado.

Para mi mujer, Sheila

> Él no comprendía a las mujeres. No del modo en que los camareros o los cárnicos no entendían a las mujeres, sino de la forma en que la gente pobre no comprendía la economía. Uno podría pasarse la vida entera delante del edificio del Girard Bank, sin llegar jamás a imaginarse lo que pasaba allí dentro. Ésa es la razón por la que, en lo más profundo de sus corazones, siempre preferirían atracar un 7-Eleven.
>
> PETE DEXTER, *God's Pocket* [El bolsillo de Dios]

No existe la calle sin piedras mudas ni la casa sin ecos.

GÓNGORA

I

LOS NIÑOS QUE ESCAPARON DE LOS LOBOS

(1975)

1
La colina y las marismas

Cuando Sean Devine y Jimmy Marcus eran niños, sus padres trabajaban juntos en la fábrica de golosinas Coleman; al llegar a casa, aún llevaban impregnado el hedor de chocolate caliente. Se convirtió en una característica permanente de su ropa, de la cama donde dormían y del respaldo de vinilo del asiento de sus coches. La cocina de Sean olía a crema de cacao, y el cuarto de baño a barrita de chocolate Coleman. Al cumplir los once años, Sean y Jimmy habían llegado a odiar tanto los dulces que durante el resto de su vida, nunca volvieron a añadir azúcar al café ni a tomar postres.

Los sábados, el padre de Jimmy se dejaba caer por casa de los Devine a tomarse una cerveza con el padre de Sean. Solía llevarse a Jimmy y, cuando lo que en principio debía ser una cerveza se convertía en seis, más dos o tres chupitos de Dewar's, Jimmy y Sean se iban a jugar al patio de atrás; a veces, también se les unía Dave Boyle, un niño corto de vista y con muñecas de chica que siempre contaba chistes que había aprendido de sus tíos. Desde el otro lado del cristal de la ventana de la cocina solían oír el siseo de las latas de cerveza al abrirse, estallidos de súbitas carcajadas y los fuertes chasquidos de los Zippos cuando el señor Devine y el señor Marcus encendían sus Lucky.

El padre de Sean, un capataz, tenía el mejor empleo. Era alto y rubio, y su sonrisa relajada y natural había calmado más de una vez la furia de su madre, como si apagase

un interruptor dentro de ella. El padre de Jimmy cargaba camiones. Era bajito y por su frente caía una maraña de cabello oscuro; había algo en sus ojos que parecía impedirle dejarlos quietos. Se movía con demasiada rapidez; en un instante ya estaba en la otra punta de la sala. Dave Boyle no tenía padre, sólo un montón de tíos, y la única razón por la que solía ir allí los sábados era porque tenía la habilidad de pegarse a Jimmy como si fuera una tirita; cada vez que le veía salir de casa con su padre, se plantaba junto al coche y, casi sin aliento, le decía: «¿Qué tal, Jimmy?», con una triste expresión de esperanza.

Todos ellos vivían en East Buckingham, al oeste del centro de la ciudad, un vecindario de tiendas de barrio estrechas, pequeños parques y carnicerías donde la carne, todavía rosada por la sangre, colgaba de los escaparates. Los bares tenían nombres irlandeses y había Dodge Darts aparcados junto a las aceras. Las mujeres llevaban pañuelos atados a la nuca y cajitas de imitación de piel para los cigarrillos. Hasta hacia un par de años, los chicos mayores habían sido arrancados de la calle, cual víctimas de una abducción por naves espaciales, para enviarlos a la guerra. Regresaban vacíos y tristes al cabo de un año más o menos, o sencillamente no regresaban. Durante el día, las madres examinaban los periódicos en busca de cupones de descuento; por la noche, los padres iban al bar. Uno conocía a todo el mundo; nadie se marchaba de allí, a excepción de aquellos chicos mayores.

Jimmy y Dave procedían de la zona de las marismas, un poco más abajo del Penitentiary Channel, en la parte sur de la avenida Buckingham. Sólo estaba a doce manzanas de la calle de Sean, pero los Devine vivían al norte de la avenida, en la colina, y la gente de las marismas y de la colina no solía mezclarse demasiado.

Tampoco es que la colina brillara por sus calles de oro y sus cucharas de plata. Se trataba de clase trabajadora, obreros, Chevys, Fords y Dodges aparcados delante de ca-

sas sencillas de una planta, y alguna ocasional casita de estilo victoriano. Sin embargo, la gente de la colina era propietaria de sus casas; la gente de las marismas solía vivir de alquiler. Las familias de la colina iban a la iglesia, permanecían unidas y aguantaban pancartas en las esquinas durante los meses previos a las elecciones. En cambio, la gente de las marismas, que sabía lo que hacía, vivía a veces como animales; diez en un piso, la basura por la calle —Sean y sus amigos de Saint Mike solían llamarlo Wellieville—. Esas familias vivían del desempleo, llevaban a sus hijos a la escuela pública y se divorciaban. Así pues, mientras Sean iba a la escuela parroquial Saint Mike con pantalones negros, corbata negra y camisa azul, Jimmy y Dave iban a la escuela Lewis M. Dewey de Blaxston. Los niños que iban a esta última escuela se podían poner ropa de calle, lo cual estaba muy bien; pero normalmente llevaban la misma ropa tres de cada cinco días, y eso ya no les gustaba tanto. Les rodeaba un halo grasiento: pelo grasiento, piel grasa, cuellos y puños grasientos. Muchos chicos tenían verdugones desiguales de acné y dejaban el colegio muy pronto. Algunas chicas llevaban vestidos de embarazada a la ceremonia de graduación.

Así pues, si no hubiera sido por sus padres, probablemente nunca se habrían hecho amigos. Durante la semana nunca salían juntos, pero tenían aquellos sábados, y había algo en esa época, tanto si pasaban el rato en el patio trasero como si vagaban por las pilas de grava que había al final de la calle Harvest, como si se subían al metro de un salto y se iban al centro de la ciudad —no para ver nada, simplemente para atravesar los oscuros túneles y oír el traqueteo y los frenazos de los vagones a medida que tomaban las curvas de los raíles y las luces apagarse y encenderse— donde Sean se sentía como si aguantara la respiración. Cuando uno estaba con Jimmy, podía pasar cualquier cosa. Si sabía que había normas —en el metro, en la calle, en el cine—, nunca lo demostraba.

Una vez en South Station, cuando se lanzaban una pelota de hockey de color naranja de un extremo a otro del andén, la pelota fue rebotando hasta caer en los raíles sin tiempo a que Jimmy la recogiera. Antes de que a Sean ni siquiera pudiera ocurrírsele, Jimmy ya había bajado hasta las vías de un salto, con los ratones, las ratas y el tercer raíl.

La gente que había en el andén se puso como loca. Empezaron a gritarle, una mujer se puso del color de la ceniza de cigarro mientras se arrodillaba y chillaba: «¡Haz el favor de subir, haz el favor de subir ahora mismo, maldita sea!». Sean oyó un ruido sordo y apagado que podía ser el de un tren que entrara por el túnel de la calle Washington o de los camiones que circulaban por la calle; la gente del andén también lo oyó. Agitaban los brazos y movían la cabeza de un lado a otro en busca de los guardias de seguridad del metro. Un hombre le tapó los ojos a su hija con el antebrazo.

Jimmy, con la cabeza baja, intentaba localizar la pelota en la oscuridad, debajo del andén. La encontró. Le quitó la mugre con la manga de la camisa y no hizo ni caso a la gente, que se había arrodillado en la línea amarilla y extendía las manos hacia las vías.

Dave le dio un codazo a Sean y le dijo: «¡Uf, eh!», en un tono de voz demasiado alto.

Jimmy empezó a andar entre las vías en dirección a las escaleras de uno de los extremos del andén, allí donde el túnel se abría y se volvía oscuro; un ruido más fuerte sacudió la estación, y en aquel momento la gente saltaba literalmente y se golpeaba las caderas con los puños. Jimmy se lo tomó con calma, andaba muy despacio; luego se volvió y mirando por encima del hombro, captó la mirada de Sean y le hizo una mueca.

—Sonríe. Sencillamente está loco, ¿saben? —declaró Dave.

Cuando Jimmy llegó al primer escalón de las escaleras de cemento, varias personas tendieron las manos y tiraron

de él hacia arriba. Sean observó cómo sus pies se balanceaban hacia fuera y hacia la izquierda, cómo retorcía la cabeza y la inclinaba hacia la derecha; a pesar de tener una apariencia diminuta y ligera entre los brazos de aquel hombre, corpulento como si estuviera relleno de paja, Jimmy no dejaba de apretar con fuerza la pelota contra su pecho, incluso cuando la gente lo asió de los codos y se golpeó la espinilla contra el borde del andén. Sean sentía el nerviosismo de Dave junto a él, una sensación de desconcierto. Sean contempló las caras de la gente que tiraban de Jimmy y ya no vio ni miedo ni preocupación, ni ningún rastro de desesperanza como había visto hacía tan sólo un minuto. Avistó rabia, caras de monstruos con facciones tensas y feroces, como si estuvieran a punto de inclinarse hacia delante, arrancar un trozo de Jimmy a mordiscos y matarle a palos.

Subieron a Jimmy al andén y sin soltarlo, apretándole los hombros con los dedos, miraban a su alrededor en busca de alguien que les dijera qué tenían que hacer. El tren atravesó el túnel y alguien gritó, aunque luego otra persona empezó a reír (una risotada ensordecedora que le hizo pensar a Sean en las brujas alrededor de un caldero), pues el tren apareció de repente al otro lado de la estación, en dirección norte; Jimmy miró los rostros de toda aquella gente que lo sujetaba, como diciéndoles: «¿Lo ven?».

Dave, que estaba junto a Sean, soltó su risilla aguda y vomitó en las manos.

Sean apartó la mirada, preguntándose qué pintaba él en todo aquello.

Esa noche el padre de Sean le obligó a sentarse en el cuarto de herramientas del sótano. Era un lugar repleto de tornos de banco negros y de latas de café llenas de clavos y tuercas; había montones de madera perfectamente apilados debajo del deteriorado tablero que dividía la habita-

ción en dos; los martillos colgaban de los cinturones de carpintero, cual pistolas en sus fundas, y la correa de una sierra colgaba de un gancho y se bamboleaba. El padre de Sean, que a menudo hacía trabajos de carpintería para los del barrio, bajaba allí a construir sus jaulas de pájaros y las repisas que colocaba en las ventanas para las flores de su mujer. Allí había ideado el porche trasero, que él y sus amigos construyeron a toda prisa un verano abrasador, cuando Sean tenía cinco años; también iba allí si buscaba paz y tranquilidad o cuando estaba enfadado con Sean, como bien sabía éste, o enfadado con la madre de Sean, o si tenía problemas de trabajo. Las jaulas de pájaros (maquetas de casas estilo Tudor, coloniales, victorianas y chalets suizos) acababan amontonadas en una esquina del sótano, y había tantas que habrían tenido que vivir en el Amazonas para encontrar suficiente cantidad de pájaros que las pudieran usar.

Sean se sentó en el viejo taburete rojo y se dedicó a manosear el torno negruzco, sintiendo la mezcla de aceite y de serrín, hasta que su padre le preguntó:

—Sean, ¿cuántas veces te lo tendré que repetir?

Sean sacó el dedo y se limpió la grasa con la palma de la mano.

Su padre cogió unos cuantos clavos sueltos que había encima del tablero y los colocó en una lata de café de color amarillo.

—Ya sé que Jimmy Marcus te cae bien, pero si queréis jugar juntos, a partir de ahora tendréis que hacerlo cerca de casa; de la tuya, no de la suya.

Sean asintió con la cabeza. Era inútil discutir con su padre cuando hablaba de forma tan lenta y pausada como lo estaba haciendo en aquel momento; cada una de sus palabras le salía de la boca como si tuviera una piedrecita enganchada.

—¿Ha quedado claro?

Su padre empujó la lata de café a su derecha y bajó los ojos hacia Sean.

Sean volvió a asentir. Observó cómo su padre se frotaba los gruesos dedos para quitarse el serrín.

—¿Hasta cuándo?

Su padre levantó las manos y quitó una brizna de polvo de un gancho clavado en el techo. La amasó entre los dedos y luego la tiró a la papelera que había colocado debajo del tablero.

—Yo diría que durante mucho tiempo. Además, Sean…

—¿Sí, señor?

—No creas que esta vez puedes ir a pedírselo a tu madre; después del circo que habéis montado hoy, no quiere que vuelvas a ver a Jimmy nunca más.

—No es tan malo. Sólo…

—No he dicho que lo sea. Sólo es un insensato, y tu madre ya ha tenido que aguantar bastantes locuras en su vida.

Sean divisó cierto destello en el rostro de su padre al pronunciar «insensato», y supo que era al otro Billy Devine al que vio por un instante, ese que había tenido que reconstruir por medio de algunos fragmentos de conversaciones que había acertado a oír de sus tíos y de sus tías. Le llamaban el viejo Billy; El peleón le llamó una vez su tío Colm con una sonrisa. Era el Billy Devine que había desaparecido antes de que Sean naciera y que había sido reemplazado por aquel hombre tranquilo y cuidadoso, de gruesos y diestros dedos, que construía demasiadas jaulas.

—¿Te acordarás de lo que hemos estado hablando? —le preguntó su padre; después le dio una palmadita en el hombro para indicarle que ya se podía ir.

Sean salió del cuarto de las herramientas y atravesó el frío sótano mientras se preguntaba si lo que hacía que disfrutara de la compañía de Jimmy era lo mismo que hacía que a su padre le gustara pasar el rato con el señor Marcus, beber juntos los sábados por la noche hasta altas horas de

la madrugada, reírse demasiado fuerte y bruscamente, y si era aquello lo que su madre temía.

Unos cuantos sábados más tarde, Jimmy y Dave Boyle fueron a casa de los Devine un día en que el padre estaba fuera. Llamaron a la puerta trasera cuando Sean estaba acabando de almorzar. Sean oyó a su madre abrir la puerta y decir: «Buenos días, Jimmy. Buenos días, Dave», con el tono de voz muy educado que usaba con la gente a la que no tenía muy claro que deseara ver.

Ese día Jimmy estaba muy tranquilo. Toda aquella energía tan desmesurada parecía estar enroscada en su interior. Sean casi notaba la fuerza con la que golpeaba las paredes del pecho de su amigo y cómo éste se esforzaba por contenerla. Parecía más pequeño, más oscuro, como si uno pudiera reventarlo con un alfiler. Sean ya lo había visto así antes. Jimmy siempre había tenido cambios de humor repentinos. Aun así, éstos no dejaban de sorprender a Sean y se preguntaba si Jimmy temía algún control sobre ellos, o si aparecían como el dolor de garganta o las primas de su madre, irrumpiendo inesperadamente tanto si a uno le apetecía como si no.

Dave Boyle se ponía muy pesado cuando Jimmy estaba así. Creía que era su deber asegurarse de que todo el mundo se sintiera feliz, lo cual hacía que todos se cabrearan al cabo de un rato.

Mientras permanecían de pie en la acera, intentando decidir qué hacer, Jimmy encerrado en sí mismo y Sean aún medio adormilado, nerviosos los tres por el día que les esperaba, aunque fuera dentro de los límites de la calle de Sean, Dave preguntó:

—¿Por qué los perros se lamen las pelotas?

Ni Sean ni Jimmy respondieron. Lo debían de haber oído unas mil veces.

—¡Porque pueden! —gritó Dave Boyle mientras se cogía el estómago como si le doliera por gracioso.

Jimmy se encaminó hacia los caballetes, allí donde el personal del ayuntamiento se encargaba de sustituir algunos adoquines de la acera. Los trabajadores habían atado cintas amarillas con la palabra PRECAUCIÓN a los cuatro caballetes dispuestos en rectángulo que formaban una barricada alrededor de los adoquines nuevos; sin embargo, Jimmy rompió la cinta al pasar. Se sentó en cuclillas junto al borde, con los pies en la acera antigua, y usó una ramita sobre el cemento húmedo para grabar finas líneas que a Sean le recordaron los dedos de un hombre viejo.

—Mi padre ya no trabaja con el tuyo.

—¿Por qué? —preguntó Sean mientras se sentaba junto a Jimmy.

No tenía ningún palo, pero quería uno. Deseaba hacer lo que hacía Jimmy, aunque no supiera por qué y aunque su padre le azotara en el culo con una correa por ello.

Jimmy se encogió de hombros y contestó:

—Porque era más listo que los demás. Los asustó porque sabía demasiadas cosas.

—¿Demasiadas cosas? —preguntó Dave Boyle—. ¿Eso crees, Jimmy?

—¿Eso crees, Jimmy? ¿Eso crees, Jimmy?

Había días en que Dave era como un loro.

Sean se preguntaba cuánto podía llegar a saber una persona sobre las golosinas y qué importancia podía tener esa información.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cómo dirigir mejor la fábrica —Jimmy no parecía estar muy convencido y se encogió de hombros—. Cosas, en cualquier caso. Cosas importantes.

—¡Ah, claro!

—Cómo dirigir la fábrica. ¿Se trata de eso, Jimmy?

Jimmy siguió ahondando en el cemento. Dave Boyle encontró su propio palo, se inclinó sobre el cemento húme-

do y empezó a dibujar un círculo. Jimmy frunció el entrecejo y tiró su palo a un lado. Dave dejó de dibujar y miró a Jimmy como diciendo: «¿Qué he hecho?».

—¿Sabéis lo que estaría muy bien? —insinuó Jimmy, con un tono de voz ligeramente agudo que hacía que a Sean se le alterara la sangre, seguramente porque el concepto de lo que estaba bien de Jimmy era muy diferente al del resto de la gente.

—¿Qué?

—Conducir un coche.

—Sí —contestó Sean pausadamente.

—Quiero decir —Jimmy tenía las palmas de las manos hacia arriba, se había olvidado completamente del cemento y de la rama— ir a dar sólo una vuelta a la manzana.

—Una vuelta a la manzana —repitió Sean.

—Sería estupendo, ¿no creéis? —insinuó Jimmy con una sonrisa.

Sean sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro y se le iluminó la cara.

—Sí, sería estupendo —contestó.

—Sería lo más fabuloso que hemos hecho.

Jimmy levantó un pie del suelo de un salto. Miró a Sean, alzó las cejas y saltó de nuevo.

—Seria fabuloso.

Sean ya podía sentir el volante entre las manos.

—¡Sí, venga, venga!

Jimmy le dio un puñetazo a Sean en el hombro.

—¡Sí, vamos, vamos!

Sean le devolvió el puñetazo; algo se estremeció dentro de él, en un santiamén, y todo se volvió más rápido y brillante.

—¡Sí, venga, venga! —repitió Dave, pero no consiguió darle al hombro de Jimmy con el puño.

Durante un momento, Sean incluso se había olvidado de que Dave estaba allí. Sucedía muchas veces con Dave, aunque Sean no sabía por qué.